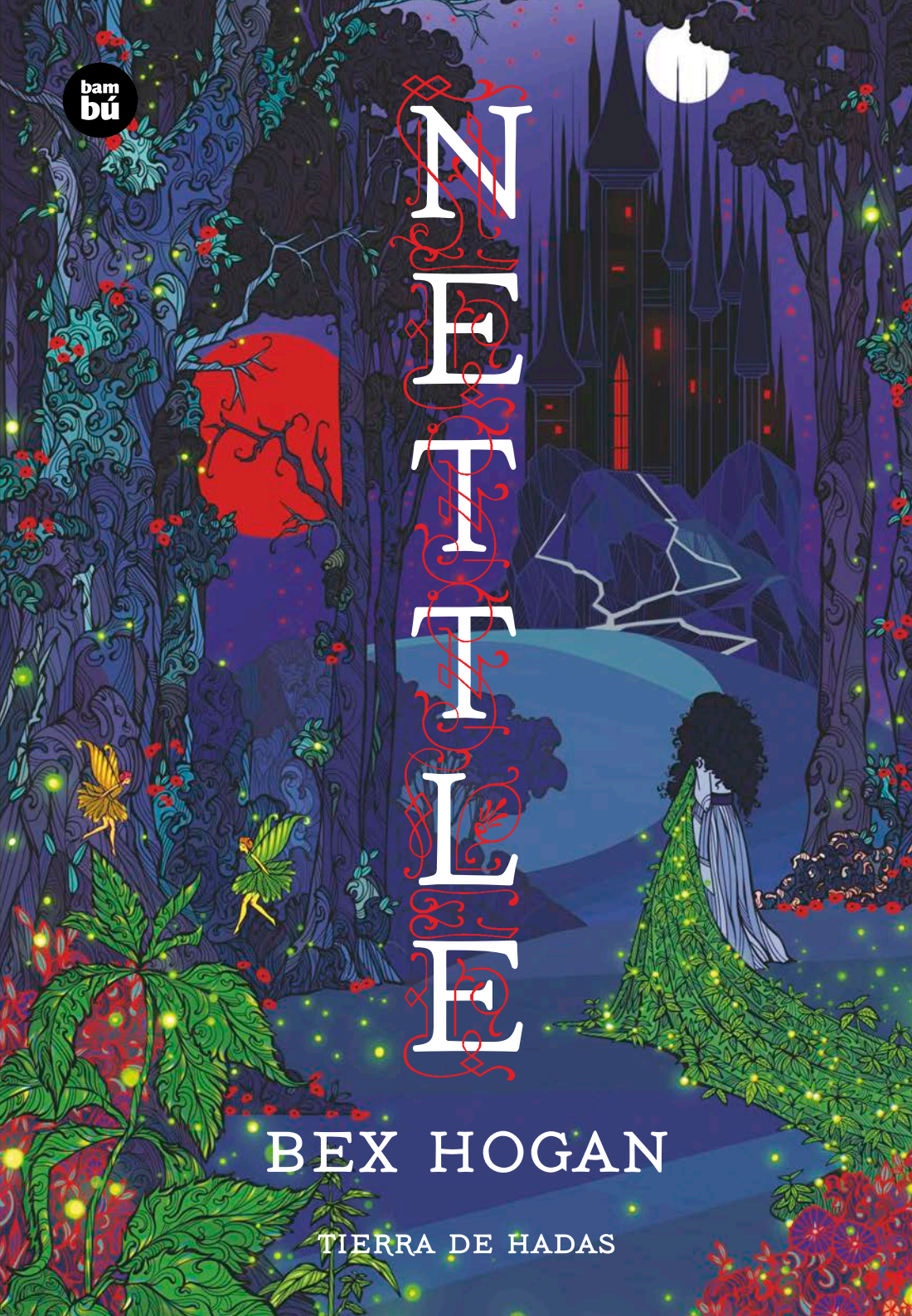




bam
bú

NEFITHE

BEX HOGAN

TIERRA DE HADAS

Editorial Bambú es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Nettle*
Publicado por acuerdo con Zephyr,
un sello de Head of Zeus,
parte de Bloomsbury Publishing Plc.

© 2024, Bex Hogan, por el texto
© 2024, Laura El, por la ilustración de cubierta
© 2026, Patricia Mora, por la traducción
© 2026, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2026
ISBN: 978-84-1086-062-9
Depósito legal: B-14247-2026
Printed in Spain
Impreso en Unigraf, SL

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / / 93 272 04 45).

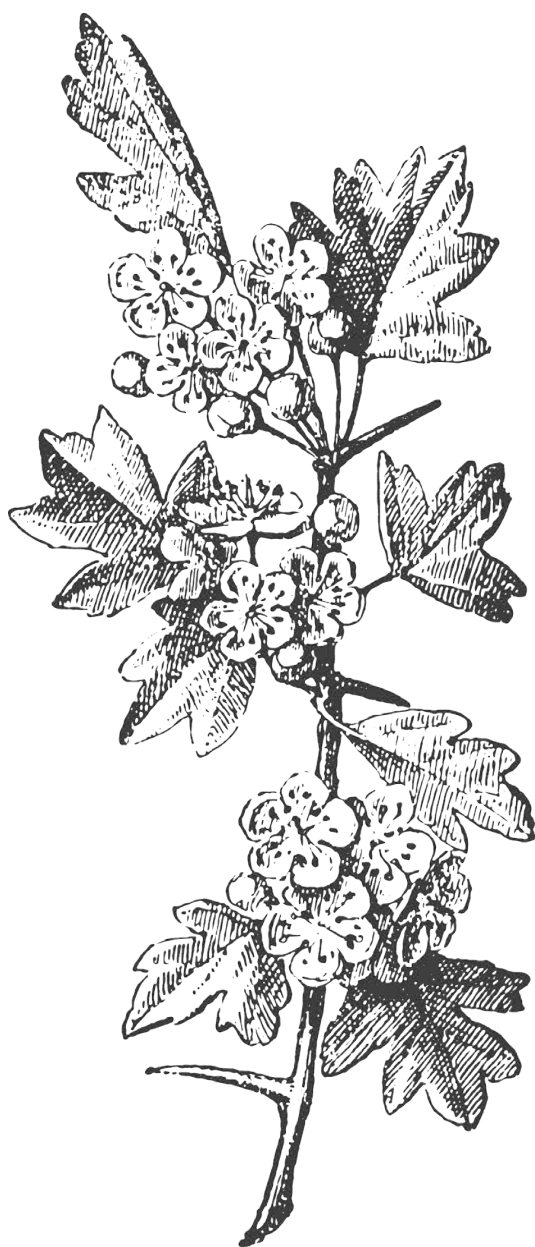
N E T T L E

BEX HOGAN

TIERRA DE HADAS

Traducción de Patricia Mora

**bam
bú**
EDITORIAL





U N O

Érase una vez una niña llamada Nettle. Era de lo más salvaje, con ese carácter urticante propio de las ortigas que le daban nombre. Por las noches soñaba con campanas de plata que coreaban su nombre.

Érase una vez una niña llamada Nettle. Era de lo más irritable e indómita. Había voces que le susurraban desde la penumbra.

Érase una vez una niña llamada Nettle. Le encantaban las cosas peligrosas y todo lo relacionado con la magia. Las hadas la secuestraron para llevársela a su mundo.

Érase una vez una niña llamada Nettle. Y esa niña era yo.



No siempre fue mi nombre; antes tenía otro. Pero no era el apropiado.

La primera vez que mi abuela me encontró tumbada en un campo de ortigas, me sacó de allí a rastras, tirándome del pelo, ya entonces enredado como un matorral espinoso, y me revisó como loca los brazos y las piernas al descubierto en busca de algún sarpullido. Al no encontrar ninguno, me miró fascinada.

—¿No te has hecho daño? —Con ese tono asombrado, sus palabras casi se me antojaron una acusación. Yo negué con la cabeza y entramos en casa a tomar limonada.

La segunda vez se mostró más tranquila, aunque vi el pánico en sus ojos.

La tercera vez me preguntó por qué seguía haciéndolo, por qué seguía tumbándome entre las hojas verdes. Recuerdo claramente mi respuesta.

«Porque ahí me siento a salvo».

Y, desde ese día en adelante, nadie volvió a llamarme de ninguna otra forma. Nettle se convirtió en mi nombre y en mi naturaleza.

—¿Sabes por qué crecen? —me preguntaba la abuela cuando yo jugaba entre los gruesos tallos—. Porque hay hadas cerca. El umbral entre nuestros dos mundos, ese fino velo que nos mantiene separados, lo delimitan las ortigas. Son ellas las que nos advierten y nos protegen.

Creo que mi abuela pensó que mi nombre también me protegería.

O tal vez solo confiaba en ello.



Nuestra casita en el campo estaba torcidísima. Encaramada a una colina que se abría a un páramo en una dirección y a un bosque denso en la otra, nos proveía de todo lo que necesitábamos. Tierras de sobra para tener un huerto y alimentar a los animales. Un mundo que era totalmente nuestro, creado por mi abuela para hacerme feliz a mí.

Siempre habíamos vivido las dos solas, al abrigo de la naturaleza. Cuando era más pequeña, una vez le pregunté por mis padres, más por curiosidad que otra cosa, pero mi abuela palideció y la preocupación nubló sus ojos. Entonces me cogió en volandas y bromeó que solo las hadas podrían haber abandonado a una niña así. Yo sonreí y aparté ese pensamiento de mi mente, que solo volvía a aflorar cuando buscaba consuelo al verme diferente a los niños del pueblo.

Mi abuela era mi tutora y mi maestra.

—En el colegio no enseñan nada que importe de verdad —decía, pero las dos sabíamos que no era por eso por lo que me mantenía en casa.

Las habladurías del pueblo no eran en absoluto discretas. Las oíamos perfectamente. Aunque a mí no me importaba, significaba que nunca tendría que alejarme de mi abuela y, entre letras y números, fue ella quien me enseñó a entender los árboles, las flores y las malas hierbas. Me mostró cómo tejer cestas con ramas de sauce, cómo sacar vino de la endrina, cómo emplear el brezo para teñir de forma natural. Yo me paseaba por los páramos y recolectaba la lana de oveja de las vallas de

alambre y púas, observaba cómo mi abuela la lavaba y, después, cardaba mi botín, antes de sentarme a sus pies, cautivada, mientras ella estiraba la lana sobre la rueca y la transformaba en hilo. Me crio a base de botánica, artesanía y, lo más importante, mitos.

Para ella, las leyendas mágicas eran tan reales como la historia y vaya si a mí me encantaba escuchar sus cuentos de cortes rivales, de vestidos hilados con penumbras, de bailes interminables bajo las estrellas escarlatas. Un lugar peligroso y engañoso pero más bello de lo que podía imaginar siquiera. Sin embargo, a pesar de la reverencia con la que hablaba de las hadas y su mundo, no había que ignorar sus advertencias. «No te aventures al bosque. Ignora las voces en el viento. Sigue los caminos del páramo y no te desvíes pase lo que pase».

El brillo fiero de sus ojos cuando me agarraba por los hombros y me transmitía estas reglas se me quedó grabado a fuego, así que las cumplí como si fueran las leyes de la mismísima naturaleza.

Cómo desearía que sus ojos brillaran así ahora. No los había abierto desde el día anterior, y su respiración era silbante en su pecho. Le sostuve la mano con fuerza.

—Abuela, por favor —le dije—. Déjame que llame otra vez al médico.

Ella negó con la cabeza, un movimiento ínfimo. Nada de médicos. Ya habíamos tenido esta conversación antes de que empeorara.

«Ellos ya no pueden hacer nada más. Nadie puede».

Sin embargo, había algo que podía hacer yo, algo más

que ofrecerle una migaja de consuelo. Levanté su mano y me la llevé a la mejilla.

—Hace muchas lunas, bajo un cielo estrellado, el rey y la reina de los reinos de las hadas confesaron el amor que sentían el uno por la otra y unieron sus dos reinos. Una unión tan bienaventurada exigía el más copioso de los banquetes, y todo el pueblo de las hadas acudió al convite. Disfrutaron de abundantes platos de fruta confitada y pasteles tan ligeros que prácticamente flotaban en sus bocas hambrientas. Un vino de lo más dulce desbordaba los cálices, y todo el mundo estaba contento.

»Cuando se hartaron en el banquete, el rey y la reina afirmaron que debía haber música. Y así fue. Sonó la música más meliflua que habían escuchado nunca, y los asistentes contemplaron maravillados cómo giraban los recién casados en brazos del otro. La pareja juró fidelidad y confianza y, sobre todo, prometieron mantener la paz en sus reinos para siempre.

Me quedé callada. De todas sus historias de hadas, esta era la favorita de mi abuela, pues estaba llena de amor y alegría. Sin embargo, esta noche parecía ocasionarle más inquietud que consuelo.

—¿Qué sucede? —pregunté con ternura—. ¿Quieres que te cuente otra?

Una lágrima resbaló por su mejilla hacia su oreja.

—Perdóname —dijo, un sollozo que apenas oí.

—No tengo que perdonarte nada —repuse besando la piel apegaminada de su mano—. Nada en absoluto.

—Por mi culpa, nunca has bailado bajo las estrellas.

—Entonces es que no has estado prestando atención —dije con una sonrisa—. Porque bailo al aire libre casi todas las noches.

—Sola. —Otra lágrima resbaló de su ojo—. Y cuando me vaya, no tendrás a nadie.

—Tú sigues aquí —le recordé—. No tienes que preocuparte por mí.

Me quedé con ella hasta que cayó en un sueño agitado y, después, atravesé la casa silenciosa y bajé las estrechas escaleras. Tenía cosas que hacer antes de irme a la cama, así que me dispuse a hacerlas en un intento por reprimir el miedo que cada vez más asolaba mi pecho.

No quería pensar en lo que había dicho mi abuela, no quería imaginar mi vida sin que ella estuviera presente. No obstante, cada vez era más difícil ignorar esa cuestión.

Tenía razón. Me quedaría sola.

No tenía amigos a los que recurrir. Cuando era pequeña, durante un breve periodo fui amiga de algunas de las niñas del pueblo, que se enamoraron de nuestro mundo en la colina. Les encantaba montar en mi poni, dar de comer a los patos y recolectar las frambuesas maduras de los arbustos. Sus padres les daban permiso para jugar fuera, aunque enarcaran una ceja al verme tan sucia al lado de sus hijas. Siempre habían tenido prohibido deambular por el páramo solas bajo la luz de la luna o traer a casa cachorros de zorro para sacarlos adelante. Durante un tiempo, todo fue bien. Hasta que empecé a hablarles de las hadas.

Jamás habían escuchado ninguna de las historias de mi abuela, así que les conté mis favoritas. Les expliqué que debían dejar regalos para las hadas, para mostrar respeto. La nata cremosa de la leche y pan mojado en miel en el escalón de la puerta en una mañana gélida. Unas gotas de vino espolvoreadas por el suelo. Una piedrecita pintada de colores.

Cuando todas quisieron ofrecerle algo a las hadas, les hice un ramito para que se lo llevaran a casa. Estaba compuesto de ramas, flores secas y huesos de roedor, atado con un precioso lazo. Me sentí muy orgullosa de esos regalitos e imaginé lo contentas que estarían las hadas al recibirlos.

Sin embargo, los padres no compartieron mi entusiasmo. Por lo visto, los huesos no eran algo apropiado para los niños. Después de aquello, las niñas dejaron de venir a jugar y, cuando me aventuré al pueblo en busca de compañía, las amigas con las que había bailado me dieron la espalda.

Se rieron al verme andar descalza por la calle, se apartaron cuando una araña salió entre mis cabellos y se escabulló por mi brazo, para que pudiera darle un hogar en un seto. Me insultaron a gritos cuando me incliné con respeto ante los árboles por los que pasaba. Sus provocaciones me dolieron, así que me animé gastándoles bromas. Dejé cestas de manzanas de caramelo en las puertas de sus casas, pero debajo del caramelo, había cebollas crudas. Después rosquillas, pero rellenas de mayonesa en vez de crema. Una de las chicas tenía gallinas en el jardín

trasero, así que un día por la mañana temprano me colé en el gallinero y cambié la mitad de los huevos frescos por rocas lisas y marrones.

No tardé en ganarme la merecida reputación de ser una alborotadora, aunque me di cuenta de que no me importaba lo que pensara esa gente de mí. Tenía a mi abuela. No necesitaba a nadie más.

—Y os tengo a vosotros —les dije a mis gallinas mientras las animaba a volver a la seguridad de su gallinero para pasar la noche. La puerta de su cabaña estaba suelta, así que me saqué la navaja del bolsillo y la usé como un destornillador para arreglar los goznes.

Cuando estuvieron cobijadas, arreé a los patos corredores y, acto seguido, me dirigí al vergel para atar a Bracken y a Moss. Hacía mucho que ya no tenía que perseguirlos por el campo, tanto mi poni como su acompañante burro eran demasiado viejos para hacer algo más que caminar fatigosamente. Para ellos resultaba irresistible el calor del establo.

Mientras paseaba bajo el frío aire de la noche, se levantó una brisa que trajo un susurro a mis oídos.

«Nettle».

Era una voz que me sonaba. La había escuchado llamando mi nombre desde que tenía memoria, un lamento del crepúsculo que proclamaba la oscuridad que estaba por venir. Nunca se lo había contado a mi abuela, y menos después de cómo reaccionó el día que le mencioné que había soñado con campanas y su melodía espeluznante parecía corear mi nombre. Apenas levantó la voz,

pero su regañina asustada me dolió tanto como si me hubiera pegado.

Se me puso el vello de punta cuando la brisa arreció, para después desaparecer. Me quedé ahí plantada unos instantes, casi mareada de la preocupación. Luego me recompuse y continué de camino al vergel, donde Bracken y Moss me esperaban pacientemente en la verja.

—Eres una vergüenza para tus antepasados —le dije a Bracken mientras me apresuraba a cerrar la puerta del establo—. En serio, no durarías ni cinco minutos en el páramo.

Mi abuela me lo había comprado en el mercado cuando era niña. Ya tenía cierta edad por aquel entonces, pero había pasado más horas de la infancia con él que con cualquier otra persona. Galopar por el páramo a lomos de un poni autóctono era algo mágico.

Me dio un empujoncito en el brazo, a la espera.

—Te tengo consentido, lo sabías, ¿no? —pregunté sacando una manzana de mi bolsillo y cortándola a la mitad. Cuando aceptó la fruta, le acaricié el morro con cariño e intenté que mi mente no desembocara en pensamientos mórbidos. Al igual que mi abuela, Bracken no estaría siempre conmigo.

Comprobé por última vez si tenía todo lo que necesitaba, le di a Moss la otra mitad de la manzana y, una vez satisfecha con que estaba igualmente cómodo, fui a rellenar los abrevaderos.

Al salir del granero, me llamó la atención el montoncito de herraduras viejas. Mi abuela era tan supersticiosa

como devota del mundo antiguo. El espino estaba vetado en casa, nunca debíamos cortar brezo blanco o campanillas, y la víspera del día de San Juan, cubríamos todos los espejos por miedo a que cualquier atisbo de nuestro reflejo en una noche así hiciera que las hadas nos secuestraran. Tampoco tendría que haberse molestado, pues yo casi nunca me paraba a mirarme en ningún cristal reflectante. Sabía lo que vería: una complexión permanentemente pálida, por muchas horas que pasara al sol; unos rasgos marcados que sugerían erróneamente una astucia especial; unos ojos avellana rodeados de una franja de motas verdes, como una corona de primavera; un cabello alborotado que no era del todo negro pero tampoco castaño.

Guardábamos las herraduras de los caballos para que nos dieran buena suerte y para que protegieran la casa y el establo de cualquier mal que se acercase; los teníamos colgados en todas las puertas exteriores. Al mirarlos, se me ocurrió que no nos vendría mal poner alguna sobre la cama de mi abuela. Necesitaba toda la ayuda posible, así que cogí la que tenía mejor aspecto y me la metí en el bolsillo. A pesar de que me gustaba imaginarme en vestidos largos propios de las hadas, de una seda brillante como el polvo de estrellas, solía llevar vestidos sueltos y prácticos. Me los cosía yo misma de lino y los proveía de bolsillos enormes para este tipo de cosas.

Cuando le di la vuelta al cobertizo, el vestido se me enganchó con un clavo y se rasgó.

Solté una maldición. Era el más nuevo, pero supongo que repararlo era una especie de rito habitual para mi

ropa. Dios no quiera que tenga algo que no esté roto y remendado cien veces.

Una vez hube regado el jardín, tanto los parterres de flores como el huerto, me dirigí a mi sitio favorito: el borde descuidado de nuestras tierras al final de la colina, que marcaba el punto donde terminaba la naturaleza y comenzaba nuestro refugio. Aquí era donde crecían las ortigas en densas matas. Me paseé entre ellas y me senté entre las hojas verdes; sus pelillos me hacían cosquillas, pero no me hacían daño. Tenía unos bolsillos tan espaciosos en el vestido para poder transportar cosas encima todo el rato y así ahorrarme entrar y salir de la casa. Evidentemente, entraba en esa categoría un pequeño costurero, así que lo saqué y, sin más, me puse a remendar.

La luz estaba desapareciendo deprisa, y sabía lo que diría mi abuela si me viera.

«Te vas a estropear la vista cosiendo con tan poca luz».

A mí no me molestaba. Me era lo mismo trabajar a la luz del sol o de la luna, mis ojos avizores se ajustaban bien al cambio. Y, si soy sincera, disfrutaba de la caricia de la luna y fingía que era la luz plateada de las estrellas la que cosía mi tela en vez de un hilo normal.

Cuando reparé el vestido, me tumbé para mirar el firmamento estrellado. Debería volver a casa, asegurarme de que no le faltase nada a mi abuela, dormir un poco antes de que empezara un nuevo día. Pero había cometido un error. Me había detenido. Seguir hacia delante

era lo único que había evitado que las sombras invadiesen mi mente.

Ya no podía seguir ignorando la verdad. Mi abuela se estaba muriendo. Me iba a quedar sola. Por mucho que disfrutara de mi propia compañía, ansiase la independencia y valorase la tierra en la que vivíamos, la idea de perderla me dejaba un agujero doloroso en el pecho.

—Por favor —supliqué a la oscuridad que me rodeaba—. Por favor, que no muera.

Mis dedos recorrieron las ortigas y, después, las arrugué en mis puños, a medio camino entre la pena y la rabia.

—Por favor. —El ruego provenía de lo más hondo de mi interior.

El leve tañido de las campanas atravesó el crepúsculo. Era el mismo sonido que oía en sueños. «Es la llamada de las hadas», me había dicho mi abuela. «No le prestes atención», me advirtió. «Aléjate del sonido».

A ella le daba miedo, pero yo temía perderla aún más.

Me aferré con más fuerza a las ortigas y cerré los ojos.

—Si podéis salvarla, haré lo que sea.

Las campanas sonaron más fuertes, el viento arreció, mis rizos alborotados bailaron al son del sonido. Y el resto del mundo desapareció.



DOS

Caí. Volé. Rápido y fugaz. Un movimiento sin dirección que me mareó.

Cuando al fin paró, abrí los ojos. Ya no reconocía el cielo sobre mi cabeza. Era violeta, el fondo apropiado para las dos lunas enormes, una carmesí y otra plateada, que velaban el abanico de estrellas escarlatas.

Por mucho que parpadeé, la escena no se desvaneció. Estuviera donde estuviera, no era mi jardín.

Me puse en pie trastabillando y me di cuenta de que lo único que seguía igual eran las matas de ortigas que me rodeaban. La colina y mi casa habían desaparecido y, aunque un bosque se cernía junto a mí y un vasto páramo se extendía al otro lado, reconocía pocos parecidos con el paisaje con el que me había criado. El pánico ardió como bilis en mi garganta.

—¿Abuela? —la llamé, aunque no sirviera para nada—. ¡Abuela!

Solo obtuve silencio como respuesta. Estuviera donde estuviera, mi abuela se encontraba lejos de mi alcance.

Tenía que volver con ella. Estaba demasiado enferma para quedarse sola, ¿y si despertaba y yo no estaba presente? ¿Y si moría sin que yo estuviese a su lado para desearle buena suerte en su viaje hacia el más allá? ¿Y si nunca volvía a verla?

Esos pensamientos estuvieron a punto de paralizarme. Sin embargo, si quería encontrar el camino a casa, tenía que esconderlos en lo más hondo de mi cabeza, donde no pudieran estorbarme. Y tenía que encontrar el camino a casa.

Lo más obvio que podía hacer era revertir lo que había hecho. Me tumbé en las ortigas y cerré los ojos.

—Por favor —dije luchando por mantener una voz firme—. Dejadme volver a casa.

Agarré las ortigas intentando replicar lo que había hecho anteriormente. Pero no hubo campanas. Ni susurros. El suelo no se movió y yo me quedé donde estaba.

¿Era posible? ¿Me habría escuchado el pueblo de las hadas? ¿De verdad me había transportado a otro mundo?

—Idiota —mascullé. ¿Acaso no me habían advertido lo suficiente? ¿En qué estaba pensando cuando llamé a las hadas?

«Nettle».

La voz llegó sin rumbo desde el bosque. Era la misma que había escuchado hacía poco en mi casa. Aquí tenía un efecto muy distinto, se arremolinaba a mi alrededor, se pegaba con posesión a mi piel. Era como el canto de una sirena y me empujaba hacia el horizonte de árbo-

les. Trastabillé hacia delante, desesperada por volverla a escuchar.

El estrépito de unos cascos rompió el extraño encantamiento y me trajo de vuelta a la realidad. Media docena de caballos con los ojos como diamantes rojos se acercaban a mí a toda velocidad, sus crines lisas se alargaban casi hasta las rodillas, para que sus jinetes tuvieran estribos hechos de nudos de pelo. No tenían arreos, los guerreros montaban a pelo y sostenían armas en vez de riendas. Pero fueron sus dientes al descubierto, afilados con puntas letales, los que me hicieron correr. Aunque el bosque albergara esa voz susurrante, la prefería antes que los caballos terroríficos y los guerreros aullantes que cabalgaban hacia mí.

Fue inútil, por supuesto. Era imposible huir de estas criaturas, y no tardaron en sobrepasarme. Se alzaron sobre sus cuartos traseros y me bloquearon el paso hacia el refugio relativo del bosque. Los jinetes eran aún más terribles de cerca; la espeluznante luz roja se reflejaba en sus cabezas calvas e iluminaba sus orejas, que eran tan puntiagudas como sus dientes.

—Detente, espía —gruñeron, apuntando a mi cara unas lanzas hechas de hueso tallado.

Yo alcé las manos en un gesto de autodefensa o rendición. No sabía decir qué.

—No soy espía —respondí angustiada, intentando mantener la voz firme—. Solo me he perdido.

El extraño sonido que hicieron podría haber sido una carcajada, aunque era imposible saberlo.

—Guárdate tus mentiras para el rey —dijo el líder.
—No estoy mintiendo. Solo quieroirme a casa
—prometí.

Los jinetes sisearon de rabia.

—¿Para informar a la reina? ¡Jamás! —Otro de los guerreros se me echó encima; sus ojos relucían furiosos—. Te vienes con nosotros.

No tenía elección, era más que evidente, pero eso no me impidió patear y chillar cuando el jinete me cogió del brazo con sus dedos llenos de garras y me aupó al caballo delante de él, para que pudiera tumbarme bocabajo en cuanto emprendieron el trote a un ritmo mucho más rápido del que Bracken me tenía acostumbrada.

Desesperada, intenté dar una bocanada de aire, pero era difícil llenar los pulmones en esa postura. El suelo pasaba ante mis ojos a tal velocidad que tuve que cerrarlos para no marearme. «Piensa», me insté a mí misma. Fueran quienes fueran estos jinetes, parecía que iban a llevarme ante su rey. Tal vez él fuera capaz de ayudarme; cuando le convenciera de que no era espía, o lo que sea que pensarán que era. Si no estaba soñando, si de verdad me había transportado a otra dimensión, entonces tenía que recordar todo lo que mi abuela me había contado a lo largo de mi vida. Y rezar para que sus cuentos fueran ciertos. Apenas unas horas antes, le había contado el cuento de la boda del rey y la reina de las hadas... ¿Era posible que me estuviese dirigiendo a su corte?

Giré la cabeza y traté de ver hacia dónde íbamos..., pero no había nada más allá del vasto páramo. Se me en-

cogió el corazón. Sabía que no podría soportar este ritmo mucho más tiempo. Entonces vi por el rabillo del ojo que había algo adelante y cambié de postura para verlo mejor. Unos pimpollos brotaron en el horizonte, que se convirtieron en montículos cuando nos acercamos a una velocidad de infarto, hasta que aparecimos ante unas colinas lisas. Por algunas se deslizaban ríos resplandecientes, otras estaban cubiertas de bosques antiguos. No obstante, no pude apartar la mirada del palacio que se alzaba en la colina más alta. Era una silueta negra recortada en el firmamento violeta de la noche, llena de torres estrechas y torretas puntiagudas, pero aun así, me fascinó. Cúmulos de estrellas escarlatas ardían sobre el palacio, como fuegos artificiales lanzados para celebrar nuestra llegada. A sus pies se extendía una ciudad, como unas raíces dispersas con intención de anclar el palacio en su sitio.

Ahí era donde íbamos. Mis dedos se cerraron por instinto alrededor de la crin del caballo, y me aferré a él mientras recorría las distancias a una velocidad mayor de lo que era posible.

No tardamos en subir las colinas y recorrer el camino serpenteante e invisible hacia las afueras de la ciudad. Después cruzamos unos muros de piedra, un borron de cabañas y edificios y, mientras tanto, sonaba cada vez más fuerte el clamor distante, hasta que quedó ahogado por el estrépito de los cascos de los caballos.

—¡Los Jinetes de la Noche han llegado!

El grito se elevó sobre el ruido, e intenté mirar a mi alrededor mientras los caballos pasaban a un trote ligero.

Habíamos llegado al centro de la bulliciosa ciudad; la gente se apartaba para dar paso a los caballos mientras cabalgábamos por las calles adoquinadas, iluminadas por muchos faroles. Los olores eran embriagadores, los perfumes florales y de las especias se mezclaban con la humedad y la madera. El aroma ahumado de las castañas asadas se mezclaba con el sabor cobrizo de la carne a la brasa. Más allá de las voces de la muchedumbre, había música, un sonido tan alegre y contagioso que hasta en mi precaria situación, mis pies empezaron a moverse al ritmo.

Había un ajetreo más propio de la mañana, pero no habíamos venido a comprar comida o mercancía. Los caballos continuaron subiendo la pendiente hacia los muros de piedra que había más allá del mercado, y cuando el terreno se niveló, estábamos frente a una enorme verja que al principio me pareció hecha de un hierro forjado de color claro, pero después me di cuenta de que eran astas retorcidas y cubiertas de una hiedra enredadera.

Las verjas se abrieron para dejarnos pasar y, para mi gran alivio, los caballos se detuvieron. Me levantaron de mi incómoda posición y trastabillé cuando mis pies tocaron el suelo. Solo conseguí mantener el equilibrio porque el jinete que me había capturado me agarraba de los brazos con fuerza.

—Por aquí —afirmó empujándome hacia delante. Miré lo que había ante mí.

El palacio.

De cerca era aún más mágico y contuve la respiración. Era una estructura imposible, conformada de árboles y

raíces, ramas y tallos, musgo y liquen, piedra y hueso, hojas y frutos. Parecía tan vivo como cualquier otra criatura, pero se veía fuerte y antiguo. Sobre la entrada, unos rostros siniestros de madera nudosa observaron cómo nos acercábamos. Me resultó tan amenazante como etéreo y me quitó todas las dudas.

Estaba en la tierra de las hadas.

Los Jinetes de la Noche me escoltaron a través de un pasaje abovedado hecho de arbustos, por un pasillo cuyo suelo era una moqueta de brezo esponjoso, y hasta la sala del trono. Unos árboles esqueléticos y desprovistos de corteza daban forma a la habitación, se alzaban altos y creaban un dosel de clemátides silvestres colgantes. Las raíces emergían del suelo y conformaban una base enrevesada para el enorme trono de granito. Mis ojos ascendieron lentamente para mirar al delicado hombre que se sentaba en él.

Sus pantalones estaban hechos de cuero y cosidos con hojas plateadas. Tenía los brazos cubiertos de tentáculos de hiedra que parecían crecer de su propia piel. Iba con el pecho al descubierto, tan liso como el mármol pulido pero brillante como la luz de las estrellas. Unas orejas puntiagudas asomaban entre el cabello largo y negro que le llegaba más allá de los hombros y enmarcaban sus rasgos perfectos. Mandíbula fuerte, pómulos marcados, ojos penetrantes. En la cabeza llevaba una corona de ramas de espinos, parecidas a las de la entrada, decorada con musgo y liquen y resplandeciente por las gotas de rocío.

El rey olfateó el aire y esbozó un gesto de repulsión.

—¿Cómo os atrevéis a traer a una humana en mi presencia? —A pesar de la rabia, su voz era seductora, profunda y melódica—. No pienso mirarla.

Aguardé a que los Jinetes de la Noche respondieran, pero no sucedió nada. Entonces comprendí que el rey no se estaba dirigiendo a ellos, sino a las muchísimas arañas que estaban descendiendo de las ramas que conformaban el techo. Eran del tamaño de dedos, plateadas blanquecinas, un color fantasmagórico, y mientras bajaban, una telaraña de lo más delicada cayó sobre mi cabeza y me cubrió el rostro. Para mi sorpresa, yo podía ver claramente a través de la sedosa gasa. Los Jinetes de la Noche me acercaron al trono a empujones. Por supuesto, el velo cumplió su función, pues el rey se dignó a mirarme a la cara.

—¿Qué motivo tenéis para traerme esto? —preguntó a los Jinetes de la Noche. Su voz rezumaba desdén.

—La encontramos en la frontera, su majestad —respondió el líder de los jinetes—. Estaba corriendo hacia el bosque.

—Una espía —repuso el rey con desprecio—. ¿Qué hacemos con ella?

Unos murmullos resonaron entre las paredes de la sala, como si estuviera llena de gente.

—¡Quemadla!

—¡Torturadla!

—¡Sacrificadla!

Las palabras estaban cargadas de un veneno jovial, y todas se me clavaron como púas diminutas en la piel.

Sabía que, si no decía algo rápido, acabarían castigándome como si fuese una traidora.

—¡No soy espía! —grité para acallar el coro de voces crueles.

El rey ladeó la cabeza, como si fuera un gato. Los ojos le brillaban de incredulidad.

—¿Cómo te atreves a hablar sin mi permiso?

—Lo siento —respondí—. Es que parecía como si fueras a matarme, y prefiero no morir, la verdad, sobre todo por algo que no he hecho.

Todos los presentes contuvieron la respiración mientras aguardaban la respuesta que recibiría por mi arrebatado. ¿Me había condenado en vez de salvarme?

El rey se puso en pie y se bajó del trono; su presencia se tornaba más intimidante a cada paso que daba. Cuando estuvo a medio metro de distancia, se detuvo, como si no quisiera acercarse más.

—¿Sabes lo afortunada que eres de seguir respirando, mortal? Desprecio a los tuyos y, aunque la obra de las arañas me protege de tener que mirarte, no te protege a ti. Así que respóndeme de una vez por todas, ¿qué eres?

—No soy nadie. Estaba en mi jardín, tumbada en un lecho de ortigas, suplicándole a quien quisiera escucharme que salvara a mi abuela. Entonces me caí y me desperté aquí. Todo esto es un terrible error y quiero irme a casa. —Las palabras se me escapaban, la voz estaba tomada por el miedo y el cansancio, que amenazaban con superarme.

Los ojos oscuros del rey brillaron con una emoción inesperada.

—Keita —soltó en un jadeo, con una voz teñida de tristeza. Cuando volvió a hablar, todo rastro de pena había desaparecido—. Debe de haber oído tu llanto y te ha invocado. Siempre tuvo un cariño inexplicable hacia los tuyos. Dime, ¿qué dijo mi reina?

Me costaba prestar atención a sus palabras, el timbre de su voz me resultaba demasiado embaucador.

—Solo oí campanas.

Entornó los ojos.

—¿Campanas? —Me miró con desconfianza y empezó a dar vueltas a mi alrededor—. Me estás ocultando algo. Dímelo.

—No oculto nada —insistí—. De verdad.

Mi respuesta lo decepcionó.

—Llévala.

—¡No!

Los Jinetes de la Noche me cogieron por los brazos y empezaron a llevarme a rastras. El corazón me latía fuerte en el pecho, tenía que hacer algo.

—¡Esperad, por favor! Tengo que volver a casa, haré lo que sea.

Era la segunda vez de esa noche que ofrecía esa ridícula promesa. La última vez no me había funcionado demasiado bien.

El rey alzó la mano y los Jinetes de la Noche me soltaron. Con un gesto, me indicó que me acercara y que parara cuando estuve lo bastante cerca. Su expresión

había cambiado: sus rasgos se mostraban calculadores, y yo imaginé que así sería cómo se sentirían mis gallinas al ver a un zorro astuto a punto de colarse en el gallinero.

—¿Lo que sea?

¿Qué elección tenía? No podía escapar.

—Lo único que quiero es salvar a mi abuela y volver con ella a casa. Así que sí, haré lo que sea con tal de conseguirlo.

La luz que ardía en sus ojos traicionó cualquier intento por adoptar una indiferencia sin importancia. Era un cazador que tenía perfectamente acorralada a su presa.

—Lo que pides es muy simple —replicó—. Puedo concederte lo que deseas con tan solo chasquear los dedos. Pero por un precio. —Posó sus ojos en los míos y, aunque sabía que no los veía, sentí la intensidad del escrutinio igualmente—. Haz tres cosas para mí y te concederé lo que has pedido.

Cuántas historias de las que la abuela me había contado trataban de hadas que hacían tratos con humanos. Nunca era algo sabio y siempre era peligroso. Pero al escuchar sus palabras sentí esperanza.

—¿De verdad puedes curarla? ¿Y yo podré regresar con ella?

El rey asintió.

—Si haces las tres cosas que te pido. Solo necesitas darme tu palabra para que el contrato sea vinculante, así que dime, humana, ¿tenemos un trato?

Mi instinto me gritaba que no cayera en esa tentación, pero... Mi abuela. Haría cualquier cosa por ella.

—Tenemos un trato.

—Muy bien, pues —dijo el rey—. Bienvenida a mi corte. Soy Locryn, rey de Moorland, y ahora estás a mi servicio.

NO TE PIERDAS EL SIGUIENTE TÍTULO:

LA MEZCLA
PERFECTA ENTRE
*EL LAGO DE LOS
CISNES Y LAS MIL
Y UNA NOCHES.*

FEBRERO
2027



bam
bú



PEFC

PEFC14-38-00310



editorialbambu.com